

para la destrucción de la verdad cuando para juzgar la mentira. De ahí que muchas veces tengamos por sospechosa la verdad cuando ha sido preferida con semejante arte, como si la sutileza y astucia de esas artes sedujesen a nuestra mente, la empujaran al fraude y la apartasen de la verdad. Pero si alguno admitiese el discurso desaliñado, confuso y desnudo de todo velo y ropaje, haremos un comentario acerca de este asunto de la mejor manera posible según la serie y contexto de la tradición de la Escritura. ¿Qué diremos, pues?

Está comprobado, aun por el testimonio de los que son extraños a nuestra fe y religión, que el animal hombre es capaz de razón, esto es, de inteligencia y de ciencia. La definición ciertamente no describiría y designaría de ese modo a nuestra naturaleza, si viere que la ira, la concupiscencia y otras cosas semejantes estuviesen unidas y fuesen como coesenciales y cosubstanciales a nuestra naturaleza. Nadie, en ninguna otra cosa, daría la definición de un objeto poniendo lo común en lugar de lo propio.

Como, pues, la fuerza de la concupiscencia y de la ira se observa igualmente en el que carece de razón que en el que la posee, por ningún motivo ni rectamente se atrevería alguien a definir lo que es propio por medio de una nota común. ¿Cómo, pues, lo que es superfluo y debe ser rechazado, como parte de la naturaleza, puede tener fuerza para rechazar una definición? Pues toda definición de substancia expresa lo que es propio del objeto. Y, contrariamente, todo lo que estuviere fuera de la peculiaridad y de la propiedad debe ser despreciado y desdeñado como cosa ajena a la definición. Y así consta que la capacidad y eficiencia, tanto de airarse cuanto de desear, es común así a lo racional como a lo irracional. Lo que es común no es lo peculiar. Por lo tanto, se sigue necesariamente que debemos estimar no encontrarse aquéllas entre las notas por las cuales se designa principalmente la naturaleza humana. Así como, si alguno percibiese en nosotros la facultad de sentir, de nutrir y de crecer, no consideraba haber por medio de ellas demostrado la definición del alma (pues no por estar en el alma es el alma); del mismo modo, si alguien advirtiese los movimientos de nuestra naturaleza sobre la ira y la concupiscencia, no atacará rectamente la definición como si ésta no expresase suficientemente la naturaleza.

17. *Pugna entre el alma y las pasiones. Estas últimas no son naturaleza, sino perturbaciones de la naturaleza. Noción de naturaleza. Pasiones concupiscentes e irascibles.*

GREGORIO.—¿Qué es, pues, necesario, dije a la maestra, establecer y sentir acerca de esas cosas? Pues todavía no he podido comprender por qué razón convenga segregar y repudiar lo que hay en nosotros, como extraño a nuestra naturaleza.

MACRINIA.—Observa, dijo, que hay cierta pugna de la razón contra las pasiones, y el empeño en separar y segregar de ellas el alma, en cuanto sea posible. Y en verdad hay algunos a quienes ese empeño les resultó prósperamente y lograron lo que buscaban, como hemos oído contar de Moisés que no pudo ser vencido ni superado por la ira y la concupiscencia, siendo testigo de ello la historia (18), porque sabemos que fue más humilde y manso que todos los hombres (por la humildad y la clemencia se muestra la exención de la ira y el alma ajena a ella) y que no ambicionó cosa alguna de aquellas que tanto ambicionan la mayoría de los hombres. Eso no le hubiese sucedido si esas cosas fuesen naturales y perteneciesen a la razón de la esencia. Pues no puede ocurrir que el que está fuera de la naturaleza permanezca en el ser. Luego, si Moisés se encontraba en el ser, y no estaba en esas cosas, consideradas como algo distinto de la naturaleza, tales cosas a la vez serían y no serían naturaleza. Es verdadera naturaleza aquello en lo que se percibe el mismo ser de substancias; mas la enajenación de tales movimientos de la naturaleza de tal modo se encuentra en nosotros que, lejos de perjudicar la abolición de ellos, llegan a ser lucro y ganancia. Es evidente que no son naturaleza, sino afecciones y perturbaciones de la naturaleza las que exteriormente se consideran en las cosas (19). Porque la naturaleza es lo que es; mas la ira vulgarmente parece a muchos hervor de la sangre que hay alrededor del corazón. Para otros es apetito de vengarse de aquel por quien tú has sido anteriormente insultado y dañado. Pero, según nuestra opinión, la iracundia es apetito de perjudicar al que nos ha incitado y provocado a ira. Ninguno de esos conceptos conviene a la definición de alma. Si, además, definimos por sí a la concupiscencia, diremos que es la apatencia de lo que falta, o el deseo de disfrutar del placer, o el dolor por no poseer lo que tenemos en el corazón y es grato y afecto al

alma, o algún afecto a lo que es suave y agradable de lo que no es lícito disfrutar. Todo esto y otras cosas semejantes nos muestran ciertamente la concupiscencia, pero no vienen bien a la definición del alma.

Por otra parte, algunas otras que se perciben en torno al alma, que parecen opuestas entre sí, como la timidez y la audacia, el dolor y el placer, el miedo y el desprecio y otras cosas semejantes, cada una de las cuales parece semejante a la facultad de airarse y de desear ardientemente, tienen una definición peculiar que designa su naturaleza. Porque tanto la audacia como el desprecio indican la demostración y la representación del apetito propenso a la ira; pero el hábito y el afecto, que son engendrados por la timidez y el miedo, expresan por lo contrario una disminución y relajamiento de aquel apetito. El dolor recibe de uno y de lo otro sus materiales. Porque, cuando por ineficacia de la ira alguien no puede vengarse de aquellos por quienes antes fue perjudicado, entonces la ira se convierte en dolor; del mismo modo la desesperación de no conseguir las cosas que se desean y la privación de las que están en el corazón y agradan, engendran afección tétrica en la mente. Y lo que parece contrario al dolor, me refiero al sentimiento del placer, se divide igualmente entre la ira y la concupiscencia. Pues el placer posee igualmente el principado de lo uno y de lo otro (20). Todos esos (apetitos) están alrededor del alma, pero no son del alma; son como unas verrugas que nacen de la parte pensante del alma. Esas partes son consideradas como cosa del alma, porque son parientes, pero no como aquello que por su esencia y naturaleza es el alma.

18. *La facultad de pensar es natural al alma y nos asemeja a Dios. Todo lo demás es superpuesto. Clases de seres. Orden en la creación. El hombre participa de los seres inferiores y se sirve de los sentidos y pasiones. Estas no son por sí buenas ni malas, sino según el uso que de ellas se haga. O somos señores o esclavos de las pasiones.*

GREGORIO. — Vemos, repliqué a la virgen, que las personas virtuosas reciben de los apetitos poca ayuda para la práctica del bien. Porque Daniel tenía deseo de alabanza; Finées aplacó a Dios con la ira (21); sabemos que el principio de la sabiduría es el temor de Dios (22); hemos oído a Pablo cuál sea el fin del dolor

que es según Dios; el Evangelio nos prescribe el desprecio de las cosas adversas y ásperas; no llenarse de terror ante las cosas terribles y casos adversos, no es otra cosa que prescribir la audacia; ésta es enumerada por el *Libro de la Sabiduría* entre las cosas buenas (23). Por lo tanto, nos muestra la Escritura, en las citas precedentes, que las pasiones no deben ser consideradas como afecciones y perturbaciones, pues las perturbaciones no hubiesen sido aplicadas a los actos de las virtudes.

MACRINIA. — Y la maestra dijo: Me parece haber sido yo misma la causa de tal confusión de razones por no haber distinguido y dado mayor extensión a mis palabras, con las cuales ciertamente habría dado un orden adecuado a la especulación y exposición. Así, pues, en cuanto sea posible, daremos algún orden al comentario para que, procediendo mi especulación lógicamente, no tengan lugar entre nosotros en adelante tales contradicciones.

Decimos que la facultad especulativa, racionadora y examinadora del alma es propia y natural en ella y que conserva en sí mediante tal facultad aquella imagen de su gracia por la cual es semejante a Dios. Pues por el raciocinio y la conjetura se colige que también el Numen divino (sea cual fuere su naturaleza) se ocupa en esas cosas, a saber: en contemplarlo todo y en discernir del mal el bien.

Cuanto ha sido colocado en los confines del alma y tenga según su naturaleza propensión e inclinación a uno de los contrarios, cuyo uso lleva al bien o a algo contrario al bien, como la ira, el miedo o algunos de los movimientos semejantes que hay en el alma y sin los cuales ésta no puede ser concebida; todo eso, digo, lo consideramos como sobrevenido a la misma alma exteriormente, porque no hay ningún signo de ese carácter en la belleza principal y original (Dios).

Propongamos mientras tanto la disputa sobre este asunto a la manera que suele hacerse en los gimnasios, pues enseña la Sagrada Escritura que, para escapar a los ataques y ofensas de aquellos que escuchan con prevención para así poder calumniar, el Numen divino llegó a la creación del hombre siguiendo cierta senda y orden lógico. Porque, después que fueron creadas todas las cosas, como enseña la historia (24), no estuvo inmediatamente el hombre en la tierra, sino que a éste precedió la naturaleza de

los que carecen de razón, así como ya antes que éstos existieron los árboles y las plantas. La Sagrada Escritura muestra con eso, según mi opinión, que la energía vital se mezcla a la naturaleza con cierto orden y vicisitud, penetrando e infundiéndose primero en los que carecen de sentido, llegando luego a los dotados de él y, por último, subiendo hasta lo que está dotado de mente e inteligencia y participa de razón.

Así, pues, entre todos los seres existentes, unos son corpóreos y otros están dotados de mente e inteligencia. Entre los corpóreos, unos son animados y otros inanimados. Llamo animado a lo que tiene vida. De los que viven, unos viven vida de sentidos y otros carecen de ellos. Entre los dotados de sentidos, unos hay provistos además de razón, y otros carecen de ésta. Como la vida de sentidos no puede existir sin materia y lo que está dotado de mente no de otra manera puede estar en el cuerpo, sino unido con la capacidad de sentir, por esta causa se nos ha enseñado que el hombre fue creado en último lugar, de modo que abarcase en sí toda la especie vital, tanto la que observamos en las plantas cuanto la que vemos en los brutos animales.

Porque de la vida de las plantas y de los árboles tomó el ser alimentado, el aumentar y el crear, pues en aquéllas y éstos podemos percibir que el alimento es absorbido por las raíces y es evacuado por las hojas y los frutos. En cambio, lo que es gobernado por los sentidos, lo tiene el hombre de los brutos y privados de razón.

Pero la facultad de pensar y razonar no se considera en esta naturaleza como cosa compuesta en esta naturaleza como cosa compuesta y mezclada, sino que le es peculiar y separada por sí. Ahora bien, como la fuerza de atracción de lo necesario la tiene por naturaleza de la vida material; si esa fuerza existe en nosotros, se llama apetito. Decimos que esa facultad procede de la especie de vida de las plantas, porque en éstas nos es dado observar unas como facultades que ejercen su virtud naturalmente, cuando se llenan de lo que a cada una de ellas es propio y útil y son impulsadas y se inflan para crecer y germinar; y de la misma manera, las cosas, que son propias de la naturaleza desprovista de razón, están mezcladas a la parte del alma dotada de inteligencia. De aquí, dijo, la ira, el miedo y los otros movimientos contrarios que ejecutamos, con excepción de la facultad de pensar y que parti-

cipa de la razón, única que es parte principal de nuestra vida y que, como se ha dicho, contiene en sí la imagen de Dios. Mas porque, según la razón que anteriormente hemos expresado, la fuerza dotada de razón no puede estar en la vida corpórea de otra manera que por medio de los sentidos, y los sentidos subsisten y han sido creados con anterioridad en la naturaleza bruta y carente de razón, necesariamente existe comunión, por medio de los sentidos, entre nuestra alma y los elementos que están unidos a aquellos.

Estos son todos los que existen en nosotros y se llaman: *πάθη*, esto es, *afectos, pasiones o perturbaciones y movimientos*; los cuales de ninguna manera han sido dados a la naturaleza humana para algún mal (pues en ese caso podría atribuirse al Creador la causa de los males, si hubiesen sido dados a la naturaleza como causas necesarias de los pecados), sino que esos movimientos del alma son instrumentos de la virtud o del vicio, según el uso que de ellos hagan la voluntad y el libre albedrío (25). De la misma manera, el hierro, cuando es forjado, según el parecer del herrero, adquiere la forma de acuerdo con el destino que al instrumento le dé la voluntad del artífice y se convierte en espada o en apero de las faenas del campo. Luego, dado que la razón que es la parte principal de nuestra naturaleza, obtiene el principado sobre las fuerzas exteriormente introducidas y deslizadas en nosotros (como insinúa la Sagrada Escritura por medio de un enigma y frase velada, al ordenar que presida el hombre a todos los brutos y seres desprovistos de razón), ningún movimiento (de las pasiones) nos sería eficaz para la ejecución del vicio, sino que el miedo engendraría la obediencia, la ira a la fortaleza y la timidez daría lugar a la precaución y a la seguridad, así como el ímpetu de la concupiscencia nos conciliaría juntamente el placer divino e inmortal. Pero si la razón perdiese las riendas y, como el auriga metido dentro del carro es por éste arrastrado, arreatado y llevado por fuerza a cualquier parte adonde quiera llevarlo el movimiento irracional de los caballos, entonces los apetitos se convierten en perturbaciones, como puede verse también en los brutos. Pues como la razón no preside a la moción, naturalmente inherente a ellos, los animales, que son inclinados y propensos a la ira, mutuamente se acometen llevados y excitados por ella. Los que son muy robustos y fuertes, como a causa del defecto de razón llegan a convertirse en esclavos y presa del que está provisto de ella, no experimentan

ninguna utilidad propia de su fuerza; la eficiencia de su ansia y voluptuosidad no se ocupa en ninguna cosa sublime y nada de lo que en ellos se advierte es conducido por alguna razón a lo que aprovecha y conviene. De la misma manera, si las pasiones no son llevadas en nosotros a lo que pide la realidad y a lo que es recto, sino que los afectos y perturbaciones llegan a superar la potestad de la mente, cuando el hombre degenera en bestia y es convertido en fiera por el ímpetu y ardor de tales afectos y perturbaciones, de naturaleza divina y pensante pasa a ser y se transforma en naturaleza irracional, estulta y amente.

19. *Testimonios de las Sagradas Escrituras acerca de la doctrina de las pasiones, más eficaces que los procedentes del raciocinio. Explicación simbólica de la parábola del trigo y la cizaña.*

GREGORIO.—Muy bien impresionado por cuanto había dicho la maestra, exclamé: A cualquier hombre sensato basta sencilla y simplemente, sin ninguna otra prueba, el raciocinio que adecuadamente y con toda lógica ha venido desarrollándose para que tal discurrir parezca recto y que en ningún punto se aparte de la verdad.

Mas, así como a los que están muy ejercitados en los métodos de las artes y en los silogismos artificiosos, parece bastarles el procedimiento ordenado de las demostraciones para prestar asentimiento; pero a mí, en cambio, no me ofrezca duda alguna ser más idóneo y más eficaz que todas las conclusiones artificiosas, para prestar asentimiento, lo que se prueba por los sagrados documentos de la Escritura, es mi opinión que, además de cuanto se ha dicho, debe averiguarse si la doctrina divinamente inspirada y entregada (a los hombres) concuerde y no discrepe de aquéllos.

MACRINIA.—Y ella dijo: ¿Quién se atrevería a negar que la verdad sólo se encuentre en lo que lleva el sello del testimonio de las Escrituras? Por lo cual, si es necesario también aducir algo de la doctrina evangélica para el patrocinio y defensa de este dogma y sentencia, no sería intempestiva la consideración de la parábola de la cizaña (26). Pues esparcía entonces el padre de familia la buena semilla (nosotros somos ciertamente una familia). Pero, aprovechando el tiempo en que dormían los hombres, el enemigo esparció una semilla inútil entre la que era apta para nutrir, arro-

jando cizaña entre el trigo. Ambas semillas germinaron y crecieron simultáneamente. No podía ocurrir que la semilla arrojada entre el trigo dejase de existir y de germinar juntamente con aquél. El jefe e inspector de la mies prohíbe a sus operarios arrancar lo que era inútil, porque en la raíz habían concurrido y se habían mezclado los dos contrarios, no fuera que juntamente con lo ajeno fuese arrancado lo que era apto para nutrir.

Nosotros podemos estimar que la Sagrada Escritura quiso designar los apetitos e ímpetus del alma por medio de las buenas semillas. Si cada una de éstas es cultivada para el bien, producirá en nosotros frutos de virtud. Pero junto a ellas se ha esparcido el error sobre el juicio de lo honesto y de lo bueno y lo que en realidad y sólo es bueno y recto por su naturaleza fue cubierto de tinieblas y oscurecido por el germen del fraude y del error que creció simultáneamente (pues la facultad de desear, no nació y creció para lo que por naturaleza es bueno y honesto, para lo cual no había sido infundida, sino que cambió el germen en una naturaleza bestial, propia del ganado y desprovista de razón por haberse apoderado del apetito y del imperio del deseo un juicio grave sobre el bien y la rectitud. En efecto, la semilla de la ira no se avinagró para la fortaleza, sino que nos armó para pelear con las gentes del pueblo y con los prójimos; y la facultad de amar se apartó de las cosas que son percibidas por la mente y perdió la cabeza y se enfureció con el mayor desenfado gozando de las cosas materiales y que caen bajo los sentidos; y todos los otros gérmenes produjeron cosas peores en lugar de las mejores). Por eso el prudente labrador deja que el germen innato a la semilla esté en ella, proveyendo y precaviendo que no seamos despejados de las mejores, si juntamente con la semilla inútil fuere extirpado totalmente el deseo vehemente. Pues si eso ocurriere a la naturaleza humana, ¿qué habrá que nos eleve e incite a la unión y acercamiento a las cosas celestiales? Una vez quitado de enmedio el amor, ¿de qué manera nos uniríamos a la divinidad? Lograda la extinción de la ira, ¿de qué armas usaríamos contra el que se nos opone? Por lo tanto, el labrador dejó en nosotros semillas adulterinas, no para que siempre prevalezcan contra la mies más preciosa, sino para que la misma tierra (pues así designa el corazón alegóricamente y de modo translaticio), por medio de la energía natural que le es inherente, que es la razón, agote y seque unos gérmenes y otros

haga florecer y fructificar. Si esto no ocurriere, reserva al fuego hacer la tarea de separar los frutos del campo.

Por lo cual si alguno se sirviere de ellas (de las pasiones) rectamente y como exige la razón y las recibiese bajo su poder, y no él se colocase bajo la potestad de ellas, como un rey que se sirve de la ayuda de sus súbditos, más fácilmente logrará lo que se empeñe en hacer virtuosamente. Pero si, como suele ocurrir cuando algunos siervos se rebelan contra su señor, se sometiere a ellos y, sucumbiendo a la servil arrogancia, a la degenerada presunción y al ánimo abyecto, se convirtiere en siervo y esclavo de ellos, necesariamente será llevado a aquellas cosas que por su naturaleza le están sujetas, adonde le empujare la fuerza de los que se le han impuesto. Si estas cosas son de esa manera, proclamaremos que por sí no son ni virtud ni vicio; y que, siendo movimientos del alma, se ha dejado al arbitrio y potestad de los que de ellos se sirven el que sean rectos o probos. Pero cuando sus movimientos inclinan al bien, son objeto de alabanzas, como el deseo vehementemente para Daniel, la ira para Finéés y el dolor para el que rectamente llora. Si en cambio, propenden al mal, son y se llaman afectaciones y perturbaciones.

20. *Ideas sobre el Orco o infierno de los paganos. Los términos “abajo” y “arriba” son relativos. Lejos de perjudicar, esas creencias favorecen nuestra doctrina.*

GREGORIO.—Pero yo, habiendo prestado mi aquiescencia a lo que había sido expuesto y ella suspendiese por breve tiempo su discurso, y habiendo yo reunido en mi mente cuanto dijera, nuevamente corrí a la primera conclusión del tema, en el que se aseguraba podría ocurrir que, disuelto el cuerpo, el alma permaneciese en los elementos, por lo cual dije así a la maestra: ¿Dónde está lo que vulgarmente y en muchas partes se designa con el nombre de Orco y de infierno, que en el uso común de la vida y en los escritos, tanto de los nuestros cuanto de los ajenos, es llevado de acá para allá; infierno al cual, como a un receptáculo, creen todos emigrarán desde aquí las almas? Yo no llamaría Orco e infierno a los elementos (27).

MACRINIA.—Pero la maestra contestó: Se ve que no has atendido y aplicado tu ánimo a mis palabras. Pues, cuando yo dije que el alma es trasladada de lo que se ve a lo que no se ve, no me

pasó siquiera por la imaginación que tú me preguntases por el infierno. A mí me parece que ni en la Sagrada Escritura ni en los libros de los extraños se quiere significar con la palabra infierno, en el cual dicen estar las almas, otra cosa que el tránsito a lo que es oscuro y no se ve.

GREGORIO.—¿Y por qué razón, dije, algunos estiman que el lugar está debajo de la tierra y que recibe en su seno y da hospitalidad a las almas, como un receptáculo apto e idóneo para recibir tal naturaleza (el alma) y que atrae a sí las que ya hubieren volado de la vida humana?

MACRINIA.—Aun cuando tus palabras fuesen verdaderas, nuestra doctrina y sentencia no será debilitada ni perjudicada en lo más mínimo por esa opinión. Porque como la cima del cielo sea continua e indisoluble y contenga y cierre dentro de su ámbito y círculo todas las cosas, y la tierra y cuanto alrededor de ella se observa esté suspendido en el centro (28) y el movimiento de todo lo que da vueltas en el orbe tenga lugar alrededor de lo que es firme y estable, es absolutamente necesario, dijo, que cuanto ocurra a cada uno de los elementos, en la parte superior de la tierra, les ocurra igualmente en la parte opuesta, porque con una misma naturaleza es llevado y se resuelve alrededor de nuestro globo. Y así como, al aparecer el sol sobre la tierra, la sombra se corre a la parte sometida e inferior, porque la forma esférica no puede por todas partes y al mismo tiempo ser comprendida por el haz de los rayos solares, del mismo modo es justo y adecuado no dudar de que también, en todo lo demás, cualquier cosa que se perciba en nuestro hemisferio, según la naturaleza de los elementos, deba asimismo hallarse en cualquier otro hemisferio.

Efectivamente, si trazamos una línea recta (imaginaria) llamada *διάμετρος*, desde un punto cualquiera del globo terrestre iluminado por los rayos solares a través de la tierra, las sombras invadirán el extremo opuesto de dicha línea. De ese modo, divagarán las tinieblas, juntamente con el perpetuo curso solar, sobre la parte opuesta de la línea que partió de los rayos y, en resumen, vendrá a resultar que tanto la parte superior cuanto la inferior de la tierra serán sucesivamente oscurecidas por las tinieblas y alumbradas por el resplandor.

Como en cualquier parte de la tierra sea uno solo e idéntico el abrazo de los elementos, yo estimo que no debe contradecirse ni

patrocinar a los que urgen la siguiente cuestión, a saber; que hay un lugar subterráneo, o cualquier otro destinado y atribuido a las almas desligadas de los cuerpos. Porque, como quiera que urja e inste no se empeñará en pervertir y trastornar nuestra doctrina primaria y principal, a saber: que, después de la vida que se vive en la carne, existan las almas, nuestro diálogo no agitará la controversia acerca del lugar, pues comprende también la idea de que es propio de los cuerpos ocupar algún lugar, mientras que el alma incorpórea no es detenida necesariamente en algunos lugares determinados.

21. *Explicación simbólica de un pasaje de la Epístola a los Filipenses. Tres estados de seres dotados de inteligencia: ángeles, almas humanas unidas al cuerpo, almas separadas. Los demonios.*

GREGORIO.—¿Qué diríamos, objeté, si el adversario adujere como testigo al Apóstol, quien dice que han de verse todas las criaturas dotadas de razón en la restitución universal presidiendo a todas las cosas, cuando la Epístola a los Filipenses habla de algunos que estarán debajo de la tierra con estas palabras: *Ipsi omne genuflectetur, coelestium, terrestrium et subterraneorum?* (29).

MACRINIA.—Permaneceremos y perseveraremos en nuestra sentencia cierta y estable, dijo la maestra, aun cuando oigamos decir esas cosas; porque, como tenemos al adversario concorde y prestando asentimiento a lo que es el alma, no nos opondremos al asunto del lugar donde ella haya de estar, como ya hemos dicho.

GREGORIO.—¿Expresaría alguien el parecer del Apóstol en este pasaje a los que preguntaren, si llegase a suprimir la dicción en lo referente a la significación del lugar?

MACRINIA.—Pero ella replicó: No me parece que el divino Apóstol, al discernir y distinguir por razón del lugar la naturaleza dotada de mente e inteligencia, hubiese designado una cosa celestial, otra terrestre y otra subterránea. Tres son los estados o condiciones de la naturaleza dotada de razón: una que desde el principio posee vida incorpórea y a ésta la llamamos angélica; otra, unida y enlazada con la carne, a ésta la designamos con el calificativo de humana; una tercera libre, por la muerte de los vínculos carnales. Esos tres estados se advirtieron en las almas, y yo opino que el vidente divino Apóstol con su profunda sabiduría quiso sig-

nificar el acuerdo, que alguna vez ha de tener lugar, de todas las naturalezas dotadas de razón en el bien; y que llamó celestial a lo angélico e incorpóreo; terrestre, a lo mezclado y ligado con el cuerpo; subterráneo, a lo que ya ha sido separado y disgregado del cuerpo, o también a alguna otra naturaleza, además de las enumeradas que se advierten entre las dotadas de razón. Si alguien quisiese llamar demonio o espíritu o de otro modo a esta última, no disputaremos por eso, pues lo llevaremos con más o menos indiferencia. Es cosa admitida, ya por la opinión común, ya por la Escritura, que hay una naturaleza, fuera de los cuerpos, contraria y adversa a la rectitud y a la honestidad, aplicada a causar daño y ruina a la naturaleza humana (30). Esa naturaleza por su propia voluntad ha caído y descendido de una suerte mejor y, en lugar de lo bueno y honesto que abandonó, ha sustituido en sí misma lo que se considera contrario. Dicen que el Apóstol la enumera entre los subterráneos e infernales, queriendo significar con eso que, extinguido y abolido alguna vez el vicio por los cursos y rodeos de los siglos, sólo quedará lo bueno. También los demonios concorde y unánimemente confesarán la dominación de Cristo (31).

Por lo cual, siendo esto así, nadie nos obligará a designar con el nombre de subterráneos e infernales el lugar que está debajo de la tierra, pues de tal modo el aire rodea a la tierra que ninguna parte de ella puede concebirse vacía y desprovista de él.

22. *No repugna que el alma se una, después de la disolución, a los elementos con que en esta vida estuvo unida. A pesar de haberse disgregado aquéllos, el alma los conocerá. Razón de semejanza tomada del arte de la pintura. Pertenece unida a ellos hasta la restauración de los cuerpos.*

GREGORIO.—Esto me expuso la maestra y yo, vacilando un poco, manifesté: Todavía no he preguntado bastante y mis preguntas aún no han sido satisfechas; antes, al contrario, mi mente permance en cierto modo indecisa acerca de lo que se ha dicho. Te pido por lo tanto que, dejando a un lado las cuestiones en que hemos llegado a ponernos de acuerdo, volvamos nuevamente al asunto.

Yo estimo que quienes no son duros y contumaces serán fácilmente llevados por lo que se ha dicho a no conducir al alma, des-

pues de la disolución de los cuerpos, a la destrucción y a la abolición, y a negar que, pues es diversa de la naturaleza de los elementos, no pueda estar en todas las cosas. Pues, aun cuando la naturaleza participante de inteligencia y carente de materia no se adapte y convenga con los elementos, nada prohíbe sin embargo que pueda estar en ellos. Esta opinión la confirmamos con dos razones: porque ahora en esta vida, a pesar de ser distintas la naturaleza del alma y del cuerpo, aquélla sin embargo está en éste; en segundo lugar, porque, como ya se ha demostrado, la naturaleza divina, a pesar de ser muy distinta de la que participa de sentidos y de materia, sin embargo se esparce, penetra y se insinúa en cada una de las cosas naturales y, con aquella energía con que está templada y mezclada con todo, contiene en esencia²⁷ cuanto hay en las cosas naturales (32); por lo tanto, según la lógica de nuestro discurso, debe estimarse que el alma tampoco está fuera del cuidado de las cosas cuando desde esta vida, cuya forma y figura se percibe, pasare a aquella otra que es invisible.

Pero, ¿de qué manera, continúe, cuando la unión de los elementos hubiere tomado, mediante la mezcla mutua de ellos, alguna otra especie distinta de aquella con la que el alma estuvo unida y en paz, después que juntamente con la disolución de los elementos, como es verosímil y adecuado, también la especie fue abolida y destruida? ¿Qué señal seguirá el alma cuando ya no permanezca lo que había sido conocido?

MACRINIA.—Esta, después de haberse detenido un poco, contestó: Séame concedido pensar a mi arbitrio y forjar alguna razón a modo de semejanza y ejemplo para aclarar y resolver la cuestión propuesta, aun cuando lo que diga no parezca posible. Concédase que pueda hacerse por medio del arte de la pintura que, no solamente se mezclen los colores contrarios, lo cual suelen hacer los pintores para imitar la forma, sino también poderlos separar después de mezclados y, así, nuevamente se devuelva a cada color su punto primitivo.

Si, pues, el color blanco y el negro, o el rojo y el verde oscuro, o algún otro combinado con algún tinte para ejemplo del asunto, nuevamente fuera segregado y separado de la mezcla que formaba con otro color, decimos que la especie del color puede ser conocida por el artista y que no le será arrebatado el recuerdo del rojo o del negro, si los diversos colores mezclados entre sí nueva-

mente volviesen a su punto natural. Además, afirmamos que, si recuerda las modalidades de los colores que han de templarse y mezclarse, sabrá qué color y con cuál ha de mezclarse para producir un nuevo color y de qué manera, una vez eliminado y segregado otro, volverá a ser lo que fue. Y si fuera necesario hacer lo mismo con alguna mezcla, con menor dificultad y trabajo ejecutará lo que con sus cavilaciones ya había ejecutado en la primera composición.

Si nuestro discurso, dijo, tuviera algo adecuado al ejemplo propuesto, debemos escudriñar y considerar diligentemente la cuestión en causa. Pues el alma se nos propone en el discurso en lugar de la acción de pintar; en lugar de los colores del arte, pongamos la naturaleza de los elementos; la mezcla de los diversos colores y la reducción de éstos a su estado primitivo designarán ya el concurso, ya la disgregación de los elementos. Así como en el ejemplo propuesto hemos dicho que el artista no ignora el punto del color que después de la mezcla volverá nuevamente a su punto propio, sino que reconoce ya el rojo, ya el negro, ya cualquier otro color por la comunión existente entre los diversos géneros de colores, sea cual fuere en la mezcla, sea cual fuere el que adquiera ahora, en el momento en que se reduce a su punto primitivo, y que ha de resultar, si nuevamente volviesen a mezclarse entre sí los colores; del mismo modo estimamos que el alma conoce la propiedad natural de los elementos que se juntaren para constituir el cuerpo a que ella se adhiere, así como también después de la desunión de aquéllos. Y aun cuando la naturaleza separe bastante los elementos, a causa de las contrariedades existentes entre ellos, apartando a cada cual de la mezcla con el contrario; sin embargo, el alma, que alcanza lo que en ellos es propio en su capacidad de conocer e investigar, estará y permanecerá junto a cada cual, hasta que nuevamente los elementos dispersos concurran a la restauración del cuerpo disuelto y que anteriormente estaba formado por aquéllos. Esto es y se llama propiamente *resurrección*.

23. *La subsistencia del alma en los elementos dispersos favorece la doctrina de la resurrección de los cuerpos. El alma es guardiana de los elementos propios.*

GREGORIO.—Pero yo repliqué: Me parece que a la ligera y como de paso defiendes la doctrina y la creencia en la resurrección.

ción. Pues yo estimo que con esto suavemente pueden ser llevados los que atacan dicha creencia a que no consideren imposible el que los elementos se reúnan nuevamente y lleguen a formar el mismo hombre.

MACRINIA.—Dices bien, contestó la maestra. Conviene escuchar a los adversarios de esta opinión, los cuales dicen: Cuando tuviere lugar la reducción de los elementos a la totalidad conforme a la afinidad de cada uno de ellos, ¿cómo es posible que el calor existente en este (¿hombre?), cuando hubiere de tener lugar la reducción a la totalidad, nuevamente sea segregado y abstraído, sin haberse acrecentado mediante alguna mezcla con otro del mismo género, para constituir al hombre que después de haber muerto ha de ser rehecho y restaurado? Porque, si no volviere perfectamente a lo propio, sino que en lugar de lo peculiar fuese elevado a ser algo distinto de su propio género, entonces tendremos una cosa distinta de la primera, y por lo tanto no habrá resurrección, sino creación de un nuevo hombre. Por consiguiente, si es necesario que otra vez vuelva a sí mismo, conviene que lo sea total y absolutamente de modo que reciba la antigua naturaleza con todos sus anteriores componentes.

GREGORIO.—Luego, como ya he dicho, contra esa creencia y contradicción nos será suficiente la siguiente opinión acerca del alma, a saber: que ésta permanezca después de la disolución unida a aquellos elementos a los cuales estuvo adherida desde el principio, como un guardián de casas, que con sutileza y agilidad no abandone lo que es propio de una facultad dotada de inteligencia, cuando tuviere lugar la reducción de los elementos en su propio género, y no tolere error alguno en la sutileza y en la calidad de los elementos, sino que penetre y emigre con los suyos propios, cuando cada cual se mezcla con su género, y no se ausente yendo junto con ellos cuando se refundan en las cosas naturales; antes al contrario, permanezca siempre en ellos, sea cual fuere el lugar y el modo a que esa naturaleza se redujere.

Y si nuevamente el poder y virtud, que gobierna todas las cosas, diere señal y ocasión a los elementos disueltos para unirse, entonces, como ocurre cuando varias cuerdas están suspendidas de un mismo punto que todas sigan simultáneamente al que las atrae, del mismo modo cuando por una sola virtud y potencia del alma fuesen arrastrados los diversos elementos, repentinamente

después de la unión y concurrencia de los elementos propios, la cadena de nuestro cuerpo será unida y ajustada por el alma y cada uno se aplicará nuevamente y con comodidad a lo antiguo y acostumbrado y lo abrazará como a cosa conocida.

24. *Razón de semejanza, tomada del alfarero, en favor del conocimiento de los elementos disueltos por parte del alma.*

MACRINIA. — También el ejemplo siguiente puede ser agregado, no sin razón, a cuanto ya ha sido investigado, tratado y examinado para demostrar que sin gran dificultad el alma pueda discernir lo suyo de lo ajeno entre los diversos elementos. Entréguese, por ejemplo, barro al alfarero y supóngase que el barro sea abundante; que una parte de aquél haya sido ya convenientemente refinada para la confección de vasos, pero otra esté todavía en bruto y necesite ser labrada; supóngase también que no todos los cacharros tengan una misma forma, sino que uno sea tinaja; otro, ánfora; otro, escudilla; otro, olla o cualquiera de los que son adecuados y necesarios para el uso común; tampoco sea uno solo el dueño de todos esos cacharros, sino que cada cual posea el suyo.

Mientras los vasos existan y estén enteros sin dificultad serán reconocidos por sus dueños. Y aun cuando estuviesen mezclados y rotos, sin embargo nuevamente sus poseedores tendrán en los fragmentos notas y señales con que poder discernir qué pedazo es de la tinaja y cuál de la copa. Si estuvieren mezclados con masa tosca de barro, entonces será mucho más fácil juzgar acerca de los que fueron confeccionados con material basto. De la misma manera cada hombre singular es como un vaso formado de materia común por el concurso de los elementos, diferenciándose por su figura peculiar del que es del mismo género. Una vez disuelto, el alma que posee el vaso reconoce lo propio por los restos, y no se apartará de lo propio aun cuando se mezclen y confundan los fragmentos ni aun cuando se junte con la misma materia tosca de los elementos, antes bien siempre reconocerá lo suyo, sea cual fuere la forma que tenga, y no errará acerca de lo que le pertenece, aun después de la disolución, por los signos que quedaron en los restos.

25. *Explicación simbólica del pasaje evangélico relativo al rico Epulón y al pobre Lázaro y aplicación del mismo a la doctrina que se viene sustentando.*

GREGORIO.—Aprobado cuanto se había dicho por encontrar lo adecuado, a propósito y acomodado al asunto propuesto, yo insistí: Es justo y recto creer y decir tales cosas de la manera que lo hemos hecho. Pero si alguno manifestare, contra lo que se ha expuesto, que el relato del Señor en el Evangelio (33) acerca de los que están en el infierno, no concuerda ni se adapta a cuanto hemos examinado y pesado, ¿de qué manera conviene prepararnos para responder?

MACRINIA.—Pero ella respondió: El relato evangélico expone la narración de la manera más acomodada al cuerpo; sin embargo, siembra muchas razones y materiales con los cuales invita a una especulación más sutil, si alguien entendiere el asunto de manera más cuidadosa y exquisita (34). Porque quien interrumpe y separa el mal del bien con un vasto abismo, quien al que era atormentado hizo desear la gota de agua que pueda tomarse con un dedo, quien propuso para descansar el seno del patriarca a quien en esta vida había sido vejado por los males y por las incomodidades, quien poco ha los había pintado muertos y entregados a la sepultura, no poco aparta y distrae de lo que a primera vista parece, a quien no necia e imperitamente, sino inteligentemente sigue las palabras. Pues, ¿qué ojos lleva en el infierno el rico que había dejado en el sepulcro los ojos carnales?, ¿de qué manera siente las llamas lo que es incorpóreo?, ¿qué lengua deseaba refrigerar con una gota de agua, siendo así que carecía de lengua carnal?, ¿qué dedo es aquel que había de llevarle la gota de agua?, ¿qué seno de descanso es aquél? Pues estando los cuerpos en los sepulcros, pero no estando el alma en el cuerpo ni constando de partes, sería difícil acomodar a la verdad la estructura de la narración tal como se entiende a primera vista, al menos que alguno traslade del cuerpo cada una de las palabras a la especulación que se percibe con la mente, ni se estime que el abismo, que rompe y quebranta la comunión de aquellos entre los cuales no puede existir asociación alguna, sea un espacio o intervalo terrestre; porque, ¿qué dificultad sería para lo que es incorpóreo y está dotado de sola la mente, traspasar el abismo, aun cuando sea vastísimo, ya que lo que por naturaleza es tal, que conste de sola la mente, penetrará y se marchará adonde le venga en gana estar, sin ningún intervalo de tiempo?

GREGORIO.—¿Qué serían, pues, el fuego, el abismo y cuanto se ha dicho, si no son lo que se dice?

MACRINIA.—A mí me parece que el Evangelio por medio de cada una de esas cosas designa algunas sentencias estables acerca de lo que andamos buscando relativo al alma. Como cuando había dicho anteriormente el patriarca al rico (Epulón): *Recibiste durante la vida, que pasaste en la carne, una porción de bienes*, y de este modo dijo refiriéndose al mendigo: *Y éste durante su vida gozó del regalo de la participación de males e incomodidades* (35). Y cuando luego añadió lo del abismo, que separa a los unos de los otros, me parece haber querido significar con esas palabras una gran doctrina y sentencia estable y cierta.

En mi opinión, esa sentencia es la siguiente: Desde el principio la vida humana era simple y uniforme. Llamo vida simple y uniforme a aquella que se advierte en sólo el bien y no está mezclada en la comunión de ningún mal. Tal opinión la comprueba con su testimonio la primera ley divina que, habiendo permitido al hombre usar y disfrutar de todos los bienes que había en el paraíso, le prohibía sólo aquél cuya naturaleza, por estar templado el bien con el cual, estaba mezclada de elementos contrarios, y estableció pena de muerte contra el que obrase contra esa ley. Pero el hombre, habiendo dejado por su propia voluntad y arbitrio la suerte que estaba libre de mal, eligió y abrazó aquella vida que constaba de elementos contrarios.

Mas la divina providencia no dejó sin corrección y enmienda aquel nuestro temerario y estólido designio. Y, como la pena de muerte siguió necesariamente a los transgresores de la ley, que había sido establecida por decisión del promulgador y autor de ella, habiendo dividido en dos la vida humana (la que pasa en la carne y la que se vive después de ésta fuera del cuerpo), no las circunscribió al mismo intervalo y medida, sino que a la primera la limitó a un espacio y término de tiempo brevísimos; pero a la segunda la extendió hasta la eternidad y, usando de un criterio benigno y humano, dióle potestad de tener en una o en otra uno sólo de aquéllos (el bien o el mal), a saber: o durante esta vida breve, incierta y caduca, o durante los siglos sempiternos, cuyo término es infinito.

Como equívocamente se dice bueno y malo y uno y otro tenga doble significado (ya para la mente, ya para los sentidos), y unos tengan por bueno lo que pareciere suave y grato a los sentidos,

pero otros estimen que sólo es bueno y debe llamarse tal lo que es advertido y considerado por el pensamiento y por la agitación de la mente, de ahí que quienes tuvieren poco ejercitada la razón, de modo que no pudiesen considerar lo que sea mejor, consuman y disipen antes de tiempo con voracidad e intemperancia, en esta vida carnal, la suerte del bien que se debe a la naturaleza, de modo que nada reserven y economicen para la vida que ha de tener lugar después; pero otros, gobernando su vida con una razón sana y reflexiva, vejados y contristados en esta breve vida por lo que daña a los sentidos, escondan y economicen el bien para el siglo futuro con la finalidad de extender y prorrogar la mejor suerte con una vida sempiterna.

El abismo, en mi opinión, no es aquel que se establece por la separación y disgregación de la tierra, sino el criterio dividido y extendido durante esta vida a deseos y costumbres contrarias. Pues el que una vez hubiere elegido en esta vida lo que es suave y agradable, y no enmendare y corrigiere con la penitencia su consejo estólido y temerario, hace para sí inaccesible e impenetrable el lugar de los bienes, cavando esa inevitable e insuperable dificultad como un abismo vasto e inaccesible. Por lo cual me parece que el buen estado del alma, en el cual el texto sagrado hace descansar al atleta de la paciencia, sea designado por el seno de Abraham. Pues se recuerda que este patriarca, el primero de los que en otro tiempo fueron, permutó el placer y el uso de las comodidades por la esperanza de los bienes futuros y, despojado de todo aquello en lo que desde el principio consistió para él la vida, vivía entre extraños y tenía su domicilio, buscando por medio de las aflicciones e incomodidades de la vida presente la bienaventuranza que se espera. Así como designamos por abuso de lenguaje con el nombre de seno una parte circunscrita del mar, del mismo modo me parece que el seno significa la demostración de nuestros inmensos bienes; y en ese buen seno todos los que con la virtud llevan a término el curso de la vida presente, colocan sus almas como retiradas y refugiadas en el puerto no sometido a las tempestades de las olas. El destierro y la privación de aquellas cosas que les parecen bienes quema por completo como con una llama a los demás, al desear para su consuelo y no lograr siquiera una gota del piélagos de bienes que con tanta abundancia disfrutaban los santos. Al advertir en el coloquio de los incorpóreos el empleo de

la lengua, de los ojos, de los dedos y de otros nombres relativos al cuerpo, si meditamos en el significado de las palabras, no negarás que convienen con la opinión que mentalmente hemos concebido por conjetura y expuesto acerca del alma. Porque, así como el concurso de los elementos constituye la naturaleza de todo el cuerpo, del mismo modo es probable que por la misma causa se complete la naturaleza de las partes de todo el cuerpo. Si, pues, el alma está presente en los elementos, una vez que éstos han salido del cuerpo disuelto y han regresado a la universalidad de las cosas naturales, reconocerá (el alma) no solamente el acervo y complemento de todos los que concurrieron a constituir el conglomerado y estará en ellos, sino que además no ignorará la peculiar constitución y agrupamiento de cada parte, por medio de las cuales partículas de elementos se constituyeron nuestros miembros.

Por lo tanto, no es improbable e inverosímil que esté en cada uno de ellos la que estuvo en todo el conjunto de los elementos. Y así, si alguno contemplare los elementos en los cuales residen cada uno de los miembros del cuerpo con el mismo poder y estimare que la Escritura dice que el dedo, el ojo, la lengua, y todos los demás miembros están cerca del alma después de la disolución, no estará lejos de la probabilidad y de la verosimilitud. Si, pues, los (miembros) singulares transportan la mente del sentido de la narración que se refiere al cuerpo, es justo y adecuado estimar asimismo que el infierno poco ha mencionado no es precisamente el lugar así llamado, sino un estado incorpóreo de la vida, que no puede verse, en el cual nos enseña la Escritura que el alma pasa la vida. Y en la narración relativa al rico y al mendigo se nos enseña una sentencia cierta y firme que tiene gran afinidad con las cosas que venimos estudiando e investigando. La Escritura hace al rico esclavo de los afectos y perturbaciones humanos y dado a la carne y, una vez que el rico advierte que no puede librarse y escapar de su calamidad, nos lo presenta la Escritura como muy preocupado por la suerte de los que en la tierra tenían con él alguna vinculación; y habiendo negado Abraham que carezcan de la debida providencia los que todavía viven en la carne, pues abundantemente les ha sido propuesta la doctrina e instrucción de la ley y de los profetas, agrega la Escritura que el rico perseveraba insistiendo y pidiendo que repentina e inopinadamente se les haga

creíble la predicación que le fuere anunciada por alguno que hubiese resucitado de entre los muertos.

GREGORIO. — ¿Cuál es, pues, en esto la verdadera sentencia?

MACRINIA. — El alma de Lázaro, dijo, estaba sólo ocupada en las cosas presentes y no se había vuelto a ninguna de las cosas que había dejado; en cambio, el rico estaba adherido todavía después de la muerte a la vida carnal, como a un lazo, de la cual aún no se había desprendido totalmente a pesar de haber dejado de vivir, sino antes al contrario aún se ocupaba y cuidaba de la carne y de la sangre (por el hecho de rogar por sus parientes para que sean eximidos de los males, resulta evidente que todavía no estaba libre del afecto carnal). Por ese motivo, pensamos que mediante esas narraciones estime el Señor ser necesario que cuantos viven en la carne se separen y libren del afecto de la carne viviendo principalmente según la virtud, no sea que después de la muerte tengamos necesidad de otra muerte que separe, cribe y purifique las reliquias del gluten carnal; de tal modo que, rotos los vínculos alrededor del alma, ninguna molestia corpórea la atraiga a sí y el camino hacia el bien sea rápido y expedito.

Pues, si alguno se volviere totalmente carnal en su mente y se ocupare con toda la intensidad y eficiencia del alma en los deseos carnales, este tal, aun después de haberse evadido de la carne, tampoco se apartará entonces de sus afectos y perturbaciones, sino que, como aquellos que han permanecido durante mucho tiempo en lugares fétidos, aun cuando pasaren luego a otro lugar puro, suave y ameno, no estarán exentos y desprovistos de aquel ingrato y hediondo olor que contrajeron durante su prolongada permanencia en él; del mismo modo, ni siquiera cuando la vida carnal fuere conmutada con la sutil e invisible, puede dejar de ocurrir que los amantes de la carne dejen de llevar consigo algo de la hediondez y pestilencia carnal. Por lo cual, tanto más dolor experimentarán cuanto más material se hubiese hecho el alma por esa circunstancia.

Parece concordar y convenir de algún modo con esta opinión lo que frecuentemente dicen muchos, a saber: que se ven alrededor de los ataúdes y sepulcros de los cadáveres algunos espectros umbrátiles de los muertos. Si en realidad ocurre así, es una prueba de que el alma fue excesivamente afectada durante la vida

presente por la vida carnal, de tal manera que, aún después de haber sido la carne echada a empellones, no quiera separarse de ella ni conocer que, una vez disuelta la figura, se verifique el tránsito a lo que no puede verse y carece de forma, sino que permanezca alrededor de la forma después que ésta ha sido disuelta y, después de haberse evadido de ella, yerre en los lugares empujada por el deseo de aquella materia y dé vueltas y ande vagando alrededor.

26. *Purificada el alma de los vicios, en la vida bienaventurada no tendrá deseo de lo bueno y de lo honesto, pues lo que se posee no se desea. Será semejante a Dios que es el ser, y por lo tanto, el bien por excelencia. El mal es la privación, el no ser. Conocerá y amará a Dios indefectiblemente, pues el amor permanecerá eternamente, como dice el Apóstol. Definición del amor. Dios castiga para arrancar del mal el alma que es suya. Ejemplo de la purificación de los metales.*

GREGORIO.—Después de haberme detenido un poco y de haber repetido la doctrina de cuanto habíase dicho, me expresé así: Me parece por lo que se ha dicho que hay algo contrario a cuanto se ha discutido y examinado anteriormente acerca de los afectos y perturbaciones. Porque, si por el parentesco que tiene con los brutos se estima que en nosotros se produzcan los movimientos del alma que el discurso anterior ha enumerado, a saber: la ira y el miedo, la concupiscencia y el placer y otros semejantes, y se ha dicho asimismo que el buen uso de ellos es la virtud y en cambio el malo es el vicio, y luego añadimos ya la contribución y ayuda de los demás a aquella vida que se desenvoliere virtuosamente, ya también que por la concupiscencia nos levantamos y elevamos hacia Dios, como atraídos por una cadena desde este lugar inferior hasta El; me parece, dije, que nuestro discurso es contradictorio y se opone a lo que nos hemos propuesto.

MACRINIA.—¿Cómo dices eso? —preguntó la maestra.

GREGORIO.—Porque, extinguido en nosotros, después de la purificación, todo movimiento carente de razón, tampoco existirá ya en nosotros la facultad de desear; y, desaparecida ésta, en ninguna parte habrá deseo del bien, ya que ningún movimiento semejante del alma ha quedado para excitar el apetito del bien.

MACRINIA.—Contra esto decimos, replicó, que la facultad

de especular y de juzgar es propia de aquella parte del alma que es semejante a Dios, pues por medio de ella conocemos a Dios (36). Luego, si ya ahora, poniendo cuidado y diligencia, ya después nuestra alma fuere libre, por medio de la purificación del fuego, de aquella unión que se verificó y creció juntamente con los afectos desprovistos de razón, nada le impedirá llegar a la contemplación de lo bueno y de lo honesto, ya que lo bueno y lo honesto tienen por naturaleza la virtud de atraer a sí en cierta manera lo que se ve en ellos. Por consiguiente, si el alma estuviere libre de todo vicio, estará completamente en lo bueno y en lo honesto. El uno y el otro son por naturaleza una cosa divina con la cual se unirá el alma por medio de la pureza, pues se une y adhiere a lo que le es propio.

Si esto ocurriere, ya no habrá movimiento de deseo que nos presida y nos sirva de guía para lo que es honesto y bueno; pues el que pasa la vida en las tinieblas, deseará la luz, pero quien hubiere llegado a la luz, comenzará a gozar y disfrutar de ella y así dejará de ambicionar y de desear. Pues la facultad de gozar y disfrutar hace vano e inútil el deseo. Por lo tanto, por estas cosas ningún daño sobrevendrá a la participación del bien, si volviendo el alma a sí misma, conociendo plenamente de qué naturaleza está dotada y contemplando como en un espejo e imagen por medio de su propia hermosura la principal hermosura (la divina), se librare de tales costumbres. Pues es verdaderamente lícito decir que la semejanza de la divinidad es plena y absoluta en esto, a saber: en que nuestra alma imita de alguna manera la naturaleza celestial que preside y gobierna todas las cosas. Porque la naturaleza que supera a todo entendimiento, situada muy lejos de lo que se ve en nosotros, de otro modo pasa su vida y no como nosotros ahora mientras vivimos y obramos.

Los hombres, en efecto, porque la naturaleza está siempre en movimiento, somos arrebatados adondequiera que nos inclinare el ímpetu de la voluntad, ya que no de la misma manera es afectada el alma, como alguien ha dicho, por su parte anterior y por la posterior (37). Porque la esperanza precede ciertamente al movimiento que tiende y se dirige más allá; la memoria recibe y sigue tras el movimiento que sobrepasa a la esperanza; y, si la esperanza conduce al alma hacia lo que por naturaleza es bueno y honesto, el movimiento de la voluntad imprime un grato vestigio

en la memoria; pero, si se apartare y alejare de lo que es mejor y más excelente, engañando la esperanza al alma con un simulacro de belleza y siendo vano el recuerdo que siguiere a la cosa ejecutada, entonces tendría lugar el pudor. Y de este modo se atiza una guerra intestina en el alma peleando la memoria contra la esperanza por haber precedido malamente a la voluntad. El afecto del pudor expresa claramente ese sentimiento del ánimo, cuando oprimiendo y acometiendo con la penitencia a modo de flagelo el ímpetu temerario e inconsiderado, el alma es mordida por lo acaecido y acude en auxilio con el olvido contra lo que atormenta y daña.

Mas porque tenemos una naturaleza pobre y necesitada del bien, siempre es llevada y tiende a lo que le falta y el deseo de lo que falta es el mismo afecto de ambicionar inherente a nuestra naturaleza, afecto que, o se aparta de lo que verdaderamente es bueno y honesto a causa de un juicio siniestro o persigue y alcanza lo que es bueno disfrutar.

Mas la naturaleza que supera todo buen pensamiento y que descuella sobre toda facultad, ya que no necesita de ninguna de las cosas que se conciben acerca de lo bueno y de lo honesto, por ser ella misma la plenitud de todos los bienes (38), y no está en el bien sólo como participante de alguna cosa buena y honesta, sino que ella misma es la naturaleza de lo bueno y de lo honesto (sea lo que fuere lo que la inteligencia entienda por bueno y honesto), ni admite en sí misma movimiento alguno de esperanza (porque la esperanza se aplica a lo que no se tiene, *¿cómo, pues, podría esperar lo que ya tiene?*, dice el Apóstol (39), ni tiene necesidad de la acción de recordar o traer a la memoria para tener conocimiento de las cosas. Lo que se ve no necesita ser recordado.

Como la naturaleza divina está sobre todo bien y el bien es amigo de lo bueno, por eso, al contemplarse a sí misma, quiere lo que tiene y tiene lo que quiere y en sí misma no admite cosa alguna exterior. Fuera de ella no hay otra cosa que vicio, el cual, aun cuando sea absurdo decirlo y ajeno a la opinión vulgar, tiene su esencia en lo que no es. Pues el vicio no tiene otro origen que la privación de lo que es (40). En cambio, la naturaleza del bien es lo que existe propiamente (41). Por lo tanto, lo que no está en el ser, está absolutamente en lo que no existe. Después que el alma, una vez segregados todos los movimientos de la naturaleza,

se hubiese hecho semejante a Dios y hubiere sido superada la concupiscencia en aquello a lo cual en otro tiempo la elevaba e incitaba la misma concupiscencia, ya no le da lugar ni a la esperanza ni al recuerdo para que habiten en ella, pues ya posee lo que esperaba anteriormente. Además, con la nueva ocupación de disfrutar del bien, aleja y expulsa de la mente el recuerdo del mismo e, informado por las propiedades de la divina naturaleza, de tal manera imita la vida celestial y excelsa que ya no le quede otra cosa que el afecto del amor al cual, naturalmente, le adhiere lo que es bueno y honesto. Porque *el amor es el hábito y afecto infundido en el alma hacia lo que place y está en el corazón*. Cuando el alma, creada simple, uniforme y semejante a Dios, hubiere alcanzado el bien verdaderamente simple y desprovisto de materia y de engaño, el único digno de ser amado y amable, al adherirse a él, entonces al mismo tiempo se mezcla y ajusta, por medio del movimiento y de la acción de amar, conformándose a aquello que siempre percibe y encuentra y viniendo a ser por semejanza de aquel bien que percibe y participa aquello que éste es por naturaleza. Y como en él no hay deseo, porque no carece de bien alguno, se sigue que también el alma, cuando llegare allí donde no hay carencia de nada, arroje de sí todo movimiento y afecto de ambición que sólo existe cuando no se tiene lo que se desea.

De esta doctrina y sentencia es también autor el divino Apóstol. Pues, habiendo denunciado la abolición, cierta tranquilidad, apaciguamiento y fin futuro de todas las cosas que ahora tanto anhelamos como buenas, a lo único que no encontró término fue al amor y a la caridad. Pues *las profecías serán abolidas*, dijo, *el conocimiento y las ciencias descansarán y tendrán fin; pero la caridad y el amor nunca fenecen* (42). Como si dijese: Siempre es la misma; y hasta habiendo dicho que juntamente con la caridad y el amor permanecen la fe y la esperanza, de nuevo antepone y prefiere las primeras a estas últimas dos, no sin razón (43). Pues la esperanza sólo se produce mientras no es posible disfrutar y gozar de las cosas esperadas. Y de la misma manera la fe es base y sustentáculo de la incertidumbre de las cosas que se esperan. Pues el mismo Apóstol la definió cuando dijo: *Es, pues, la fe el fundamento de las cosas que se esperan* (44). Mas una vez llegado lo que se espera, descansando todo lo demás, sólo permanece la eficiencia de la caridad y del amor, pues no encontrará nada que la

expulse y ocupe su lugar. Porque la vida de la naturaleza divina es la caridad y el amor (45), dado que lo que es bueno y honesto es totalmente digno de ser amado por aquellos que lo conocen; ciertamente es conocido por la divinidad; el conocimiento se convierte en amor, porque es por naturaleza bueno y honesto lo que se conoce y lo que es verdaderamente bueno y honesto no es alcanzado por una saciedad petulante y proterva. Al no interrumpir la saciedad del amor el hábito y el afecto hacia lo bueno y honesto, siempre será exigida la vida divina por la caridad y el amor, la cual vida no solamente es buena y honesta por naturaleza, sino también está dotada por naturaleza del afecto del amor hacia lo que es bueno y honesto y no tiene término ni saciedad en la acción de amar, porque no se reconoce fin alguno a lo bueno y lo honesto de modo que llegue a faltar la caridad y el amor con la cesación de lo bueno y de lo honesto. Sólo lo contrario limita y pone fin a lo bueno y honesto. Y como lo que es bueno por naturaleza tiene la cualidad natural también de no deteriorarse, resulta que llega a tener una existencia infinita e indeterminada.

Como quiera que toda naturaleza posea la virtud de atraerse los afines, los propios y los semejantes y como quiera que el género humano en cierta manera esté próximo y unido a Dios, pues lleva en sí la imagen de la figura principal, es necesario que el alma sea atraída a lo que al mismo tiempo es divino y le es semejante (pues es conveniente que siempre y totalmente sea reservado a Dios lo suyo). Si ella fuere fácil, expedita y sincera y no tuviere en sí nada superfluo y redundante y no la oprimiere ninguna molestia corporal, entonces el acercamiento al atrayente se le hará fácil y agradable (46). Pero, si por los clavos del afecto estuviere fijada a aquel hábito que está unido y tiene afinidad con las cosas materiales, como es verosímil ocurra en los terremotos a los edificios arruinados, a los cuerpos oprimidos y aplastados por las moles y montones de tierra (supongamos, por ejemplo, que aquéllos fuesen gravados no solamente por las moles, ruinas y la devastación de los lugares, sino también atravesados y traspasados por algunas lanzas cortas, clavos y leños encontrados en las ruinas y los montones de tierra), pues es verosímil que los cuerpos así afectados permanezcan enterrados mientras no sean extraídos de la devastación y la ruina por los parientes y amigos para celebrar los funerales y las formalidades de las exequias (serán total-

mente magullados, destrozados y tratados atrocísima y acerbísimamente, desgarrándolos los montones al mismo tiempo que los clavos a causa de la fuerza de los que los sacan); esa misma incomodidad paréceme ha de tener lugar sobre el alma, cuando, removida la humanidad, el poder divino extraiga lo que es suyo de las ruinas materiales y desprovistas de razón. Pues ni por odio ni por venganza de la vida prava, en mi opinión, Dios infunde en los que hubieren pecado afecciones que produzcan dolor, pues El toma, reclama y atrae a sí todo lo que por su gracia llegó a las cosas naturales; sino que atrae el alma a sí, que es la fuente de toda bienaventuranza con mejor ánimo e intención, a saber: por necesidad sobreviene la afección acerba sobre lo que es atraído.

Y así como los que purifican por medio del fuego la materia mezclada con oro, no sólo funden con fuego lo que es adulterino, sino que también es necesario sea fundido lo puro juntamente con lo adulterino, lo malo y lo corrompido, de modo que, una vez consumido esto, permanezca sólo aquello (lo puro), de la misma manera es absolutamente necesario que, mientras el vicio es consumido por el fuego purificador, permanezca también en él el alma, que estuvo unida con el vicio, hasta que desaparezca consumido por aquél todo lo que allí había adulterino, material, manchado y corrompido. Por otra parte, así como si a una cuerda le untamos totalmente con barro y luego introducimos la punta de la misma por un agujero estrecho y alguien tira violentamente de la punta de ella, es absolutamente necesario que la cuerda siga al que tira de ella y que el barro untado se quede fuera del agujero, a causa de la violencia del tirón, desprendido y arrancado, y esta es la causa por la cual no entre cómodamente con la cuerda sino que sufra la violenta tirantez de parte del que tira; del mismo modo me parece ser preciso pensar y entender acerca del alma, a saber: que ella (el alma), envuelta por los afectos materiales y terrenos, sufre y se pone tirante cuando Dios atrae a sí lo que es suyo. Lo que es ajeno, por haber en cierta manera crecido con el alma, violentamente es separado y como lavado y produce a ella agudos e intolerables dolores.

27. *El castigo o purificación es proporcional a la cuantía de la deuda, del vicio contraído. Testimonios de los Santos Evangelios. Una vez liberada el alma, Dios será para ella todas las cosas. Testimonio de San Pablo.*

GREGORIO.—Luego la justicia divina no castiga a los pecadores de primera y principal intención, sino que ejecuta el bien cuando a éste lo separa y aparta del mal y lo atrae a la comunión de la bienaventuranza; pero el rompimiento de la coalición y conexión produce dolor en lo que es atraído.

MACRINIA.—Yo; dijo la maestra, soy del mismo parecer y opino también que el modo de sufrir y padecer tal dolor depende en cada caso de la cuantía del vicio (47). Pues no es justo que uno y otro, tanto el que vivió durante mucho tiempo en los males prohibidos, cuanto el que se cayó en algunos pecados medianos, sean igualmente atormentados y sufran dolor por la purificación del hábito vicioso, sino que la llama dolorosa, según el modo y la cantidad de la materia, esté encendida más o menos espacio de tiempo, mientras perdure aquello que la alimenta. Aquel que lleve a costas una gran carga, necesariamente debe soportar una llama grande y que dure muchísimo tiempo, hasta que la materia sea consumida; mas en aquél a quien se aplicare el fuego consumidor durante un espacio menor de tiempo, la pena por medio de la vehemencia y acritud de la acción perdona tanto cuanto, por lo que se refiere a la modalidad del vicio, fuere aminorado lo sujeto a ella (a la pena). Pues es absoluta y terminantemente necesario que el mal sea expulsado alguna vez de lo existente, pues, como se ha dicho más arriba, lo que realmente no es, no existe de ninguna manera.

Dado que la naturaleza del vicio y de la maldad es tal que no exista fuera de la voluntad y del libre albedrío, cuando toda la voluntad y albedrío estuvieren puestos en Dios, el vicio se reducirá a la destrucción y abolición absoluta, perfecta y extrema, de modo que no quede ningún refugio para él.

GREGORIO.—Lucro y ganancia de la buena esperanza es, para quien considere la cuantía del mal, sufrir tormentos por espacio de un año. Porque, si aquel dolor intolerable se prorrogase durante un intervalo sin fin, ¿qué consuelo de la futura esperanza le queda luego a aquel a quien le tocare una cantidad y medida de penar por toda la eternidad?

MACRINIA.—Por eso habría de proveerse que, o el alma se conserva libre de todo parentesco y pura de las inmundicias del vicio total y universalmente; o, si eso no pudiera ser de ninguna manera a causa de los afectos y vicios a que nuestra naturaleza

estuvo sujeta, que las incomodidades y detrimentos de la virtud consistan al menos en algunos delitos muy mediocres y fáciles de curar.

Pues la doctrina evangélica reconoce un deudor de diez mil talentos, otro de quinientos denarios, otro de cincuenta denarios y algún otro de un cuadrante, que es la inferior de las monedas; y expresa la justa sentencia de Dios que ordena perseguirlo todo y, en proporción a la magnitud de la deuda, prorrogar y extender la necesidad del pago de la misma y no despreciar ni dejar pasar lo más mínimo (48). Y dice el Evangelio que el pago de las deudas no se haga por disminución o condonación del dinero, sino que el deudor sea entregado, cargado de deudas, a los torturadores hasta que pague todo lo que debe (lo cual no es otra cosa que pagar la deuda con el tormento necesario, deuda que consiste en participar de tristezas y acerbidades, de las cuales se hizo deudor cuando vivió en esta vida perecedera, ya que por estupidez de juicio pidió y eligió el placer puro sin mezcla de contrariedades); y de ese modo, cuando hubiere depuesto y arrojado de sí lo que no es suyo, el pecado, y se hubiere despojado del rubor que había contraído a causa de las deudas, viva al mismo tiempo con libertad y confianza.

La libertad es ciertamente asimilación y adecuación con lo que carece de dueño, es de su derecho y está en su potestad; libertad que desde el principio nos fue dada por Dios y que, justamente con el rubor por las deudas contraídas, se retiró y ocultó. Mas toda la libertad es una naturaleza conveniente, unida y semejante a sí misma. Por consiguiente, todo lo que es libre se juntará y unirá a su semejante, pues la virtud no tiene dueño. Luego en ella vivirá todo lo que fuere libre.

Así, pues, la naturaleza divina es fuente de toda virtud. En ésta se hallarán los que estuvieren libres y expeditos del vicio, ya que, como dice el Apóstol, *Dios es todas las cosas en todo* (49). Pues la voz que dice que Dios está en todas las cosas y en lugar de todas ellas, me parece confirmar la sentencia anteriormente expuesta y discutida. Porque como la vida, que al presente llevamos, la pasemos nosotros de muchas y diversas maneras y haya muchas cosas de las cuales participamos, como el tiempo, el aire, el lugar, la comida y la bebida, los vestidos, el sol, las lámparas y otras muchas cosas necesarias al uso de la vida, ninguna de las

cuales es Dios; mas la bienaventuranza, que esperamos, de ninguna de esas cosas carezca, la naturaleza divina será para nosotros todas las cosas y en lugar de todas ellas, dándose adecuada y convenientemente para todo uso y comodidad de aquella vida (50). Y es cosa evidente y manifiesta por las letras sagradas que Dios es, para todos los que son dignos, lugar, casa, vestimenta, comida, bebida, luz, riquezas, reino y cuanto puede ser concebido por la mente, designado por los labios, todo lo cual nos da y conduce a la vida santa. El que es todas las cosas, ciertamente está en todas las cosas. Y con esto me parece enseñar la Sagrada Escritura la perfecta y absoluta destrucción del vicio y de la malignidad. Pues, si Dios estará en todas las cosas, se sigue ciertamente que ni el vicio ni la maldad estarán en las cosas naturales. Porque si algo pudiese tener vicio y maldad, ¿cómo se cumplirá la sentencia que dice: que Dios está en todas las cosas? La exención y substracción del vicio y de la maldad hará en efecto imperfecta y no plena la comprensión de todo. Pero el que estará en todas las cosas, no estará en las cosas que no existen.

28. *Los desesperados se desesperan en vano. Ignoran los planes divinos que consisten en purificar a los hombres con el sufrimiento para unirlos a El mismo.*

GREGORIO.—¿Qué será necesario aconsejar a los que soportan las calamidades y miserias con desesperación y poco ánimo?

MACRINIA.—Digámosles, contestó la maestra: ¡Ay de vosotros, que en vano os afligís, os molestáis y os acongojáis por la serie continuada de las necesarias vicisitudes y contingencias de las cosas, ignorando a qué propósito y consejo se refieran cada una de ellas que son gobernadas en su totalidad, pues es necesario que todas las cosas se concilien y se unan a la naturaleza divina con el debido orden y sucesión de acuerdo con la primorosa sabiduría del creador y autor de ellas. Pues la naturaleza dotada de razón precisamente viene a formar parte de las cosas naturales, para que las riquezas de los bienes divinos no resulten ociosas e inútiles, sino que, como vasos y receptáculos de almas, dotados de libre albedrío por la divina sabiduría que creó y constituyó todas las cosas naturales, han sido preparados para que haya algún vaso

y receptáculo capaz de los bienes que siempre se haga mayor por la adición de lo que le fuere infundido. Porque la participación de los bienes divinos es tal que haga mayor y más capaz a aquel en el cual existe, cuando es tomado por el recipiente para crecimiento de la magnitud y del poder, de modo que siempre se incremente el que es alimentado y nunca deje de crecer. Porque, brotando y manando continuamente y sin cesar la fuente de los bienes, como quiera que nada de lo que de ella se toma sea excrementoso e inútil, la naturaleza del que en ella se abreva adiciona a su magnitud cuando fluye y se hace más apto y más espacioso para atraer y tomar lo que es mejor, creciendo simultáneamente una y otra cosa, a saber: ya la virtud que es alimentada y aprovecha cada vez más a causa de la copia y abundancia de bienes, ya la fuerza suministradora de los alimentos, juntamente con el incremento y abundante provecho de los que crecen.

Es, pues, verosímil que lleguen a una magnitud en que ningún término interrumpa o impida el incremento. Y habiéndonos sido propuestas tales cosas, ¿os indignáis si nuestra naturaleza hace progresos por un camino cierto y ordenado al que es destinada?

29. *El amiguito corpóreo del alma se unirá también a ésta para gozar de la bienaventuranza después de la resurrección.*

GREGORIO.—No de otra manera nos es lícito dirigirnos y emprender la marcha hacia aquellas cosas, sino arrojando de nuestra alma la carta terrena y molesta que llevamos a cuestas, para que, purificados y expurgados, con mayor cuidado y diligencia de aquella conveniencia, conjunción y acuerdo que tuvimos en esta vida con aquella carga, podamos conciliarnos y unirnos con lo semejante por medio de la pureza. Porque, si tuvieses también algún afecto a este cuerpo y te angustiase y te molestase separarte de ese mismo cuerpo al cual amas, esto ciertamente no te quitará la esperanza. Porque verás que este amiguito corpóreo, que ahora será disuelto por la muerte, será tejido y compuesto nuevamente de los mismos elementos, no de esta crasa y pesada textura, sino con un hilo restaurado y ajustado de antemano a la delicadeza y sutilidad aérea, a fin de que esté unido a ti lo que amas nuevamente sea restituido a una mejor y más amable hermosura.

Y me parece, proseguí, que de esta serie y continuación de raciocinios ha brotado la doctrina de la resurrección en nuestro diálogo, doctrina de la cual no ha de dudarse, a mi parecer, sea verdadera, creíble y reconocida por el testimonio de la Sagrada Escritura. Pero, como la debilidad de nuestra mente se robustece de alguna manera para creer con las razones que podamos comprender, me parecería extraño dejar pasar este punto sin discusión y explicación. Veamos, pues, lo que acerca del asunto conviene decir.

NOTAS

1. Téngase en cuenta el papel opositor de San Gregorio, para no hacerle objeto de censuras al creerlo equivocadamente defensor sincero y convencido de doctrinas inadmisibles filosófica o teológicamente. Sólo en muy contados casos, en los cuales no faltaría la adhesión expresa de Macrinia, debemos creer que las palabras del Niseno representan su verdadero pensamiento.

2. Supone Gregorio que después de la muerte, se disolverán los elementos que en vida habían formado el cuerpo (lo cual es cierto). Pero sostiene al mismo tiempo que tales elementos irán a juntarse, en virtud de la fuerza de atracción que ejercen entre sí los de una misma especie, con otros elementos idénticos específicamente, no numéricamente.

3. Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus (Ps. XIII, 1).

4. Caeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annunciat firmamentum (Ps. XVIII, 1).

5. El famoso: *Nosce Teipsum*, cuya paternidad, es atribuida al oráculo de Delfos y que tanto empleó Sócrates.

6. Sostiene aquí Macrinia, y por consiguiente San Gregorio, la teoría de la continuidad de la materia, que defendieron con tesón los escolásticos y que es hoy día una de las cuestiones más debatidas.

7. Los escolásticos definían el arte como: *recta ratio agibilium*. Muy en consonancia con las ideas sustentadas en este diálogo es la definición de Ceferino González: *Cierta facilidad adquirida por el estudio y la práctica, por la cual es perfeccionado el entendimiento para dirigir y ejecutar las obras exteriores*. (Ceferino González, *Lógica*, sec. II, cap. I, art. 2.º, Madrid, 1894).

8. Ordinariamente las definiciones negativas no lo son en realidad, pues suponen, como aquí dice Macrinia, tras sí la determinación positiva del correspondiente concepto positivo.

9. Y por consiguiente que es inmaterial, o mejor dicho: *espiritual*.

10. "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (*Gén.*, I, 26).

11. En cuanto a la esencia.

12. Aquí comienza a defender Macrinia juntamente con Gregorio la tesis de que el alma permanecerá unida a los elementos que formaron el cuerpo, después de la disgregación de aquéllos por la muerte. Cuando llegue la resurrección de los cuerpos el alma, que no dejó de estar unida a los elementos, volverá a informar el cuerpo resucitado que

durante la vida mortal había sido suyo. Es entonces cuando cuerpo y alma irán a gozar de Dios, si lo merecieron; o irán al purgatorio temporal. Dejemos a un lado las otras cuestiones, de las cuales se trata más adelante, para fijarnos sólo en la presencia del alma en los elementos dispersos hasta el día de la resurrección.

Hago caso omiso de los thnetopsychitas, de nacionalidad árabe, quienes defendieron que las almas morirían con los cuerpos y que con éstos volverían a resucitar al fin de los tiempos. Parece que también Taciano defendió esa opinión. Otros, los hypnopsychitas, sostuvieron que el alma nada tiene que hacer después de la disolución corporal hasta el día de la resurrección. Durante ese intervalo vivirán en un sueño o letargo. Tertuliano las coloca durante ese tiempo en un lugar debajo de la tierra, al que llama infierno. Lactancio también sostiene la sentencia de que las almas no serán juzgadas hasta el día de la resurrección final, de la que sólo participarán los hombres buenos. Pues los cuerpos de los pecadores no resucitarán y sus almas volverán al depósito oscuro en que estuvieron después de la disolución de sus cuerpos, sujetas a penalidades.

Algunos de los Santos Padres siguieron la opinión de Gregorio acerca de la permanencia de las almas en los elementos dispersos hasta el día de la resurrección final: San Justino, San Ireneo, Víctor de Poitiers. Para éstos, por lo tanto, ni los justos gozarán de la bienaventuranza ni los pecadores serán atormentados hasta ese día. Algunos otros Santos Padres permanecieron vacilantes acerca de esta cuestión: San Juan Crisóstomo, San Agustín y San Bernardo. La división de pareceres subsistió hasta la Edad Media, si bien parece que no hubo cuestión acerca de la suerte de los pecadores por creer que éstos irían a sufrir inmediatamente después de la muerte. En el siglo XIV hubo una agria controversia entre los franciscanos y los dominicos; pues, mientras éstos defendían que la suerte de los hombres había de decidirse en el momento de la muerte, los franciscanos en cambio aseguraban que los justos disfrutarían inmediatamente de una especie de bienaventuranza, pero no verían a Dios hasta después del juicio universal.

Ya hemos indicado en nuestro prólogo que la cuestión fue decidida por el Papa Benedicto XII en su célebre Constitución *Benedictus Deus*, 29 de enero de 1336, renovada luego en el Concilio Florentino. Algunos griegos cismáticos no la aceptaron, como tampoco la aceptarían más tarde los protestantes, como Calvino.

Si los que vivieron antes de Benedicto XII defendieron una opinión contraria a la que luego definió el Pontífice, no por eso pueden ser tachados de heterodoxia, pues las doctrinas sustentadas antes de ser definidas están sujetas a la libre discusión de los hombres. Y eso ha ocurrido con muchos de los dogmas antes de ser definidos, por ejemplo: con el dogma de la Inmaculada Concepción.

Una última observación acerca de la sentencia postergacionista del Niseno. ¿Cómo conciliarla, tan ampliamente defendida en estos diálogos, con la sentencia contraria sustentada en la oración fúnebre por la princesa Pulqueria? Hela aquí: "Así, pues, si la joven se ha alejado de ti, en cambio se ha ido a Dios. Para ti cerró los ojos, pero los ha abierto para ver al Señor. Se apartó de tu mesa, pero se sentó en la mesa de los ángeles. La planta ha sido arrancada de aquí, pero ha sido plantada en el Paraíso, ha sido trasladada de un reino a otro reino. No ves la verdadera hermosura de aquel alma que ahora se regocija en la festiva asamblea de los seres celestiales. ¡Cuán hermoso es aquel ojo que contempla a Dios".

Como la bibliografía acerca de este asunto es muy abundante, remito a los lectores a Palmieri, *Tractatus Theologicus De Novissimis*, Prati, 1908.

13. Santo Tomás de Aquino trata con mucha extensión de las pasiones (1.º 2ae., qq. 22-48). Abundan las citas y referencias a los filósofos griegos.

14. Por estas palabras podemos comprobar que el Niseno avanzó bastante en el concepto que le merecía la filosofía con respecto a la teología. Pues, mientras los Santos Padres y escritores eclesiásticos anteriores la tomaron en pie de igualdad (no nos referimos a los de primera hora que abominaban de la filosofía), Gregorio la convierte en mera auxiliar, en lo que los escolásticos llamaban “ancilla” de la teología.

15. En los códices antiguos y en lengua griega hay un escolio de autor desconocido, que dan en latín las ediciones morelliana y mignana, y que nosotros transcribimos al castellano: “Platón compuso un diálogo acerca del alma, que lleva por título: *Fedón*. En este diálogo representó las partes del alma, en que reside la fuerza de la concupiscencia y de la ira, por medio de un tronco de potros; pero a la mente, o sea, aquella fuerza del alma con que nos agitamos en el ánimo, pensamos y advertimos, la simbolizó por el cochero. Estas ideas no se encuentran en *Fedón*, sino en *Fedro*”.

16. Si hemos de atender a las palabras “que vino detrás de Platón”, podría creerse que se refiere a Aristóteles. Pero por las palabras siguientes podemos estimar con toda seguridad que se refiere a otro filósofo, a Epicuro. Pues Aristóteles defiende la inmortalidad del alma que niega el filósofo de Gargeto.

17. La creencia en la inmortalidad del alma, corrompida por las pasiones que radican en el cuerpo, y en la recompensa o castigo de sus excesos, se encuentra más o menos pura en todos, o casi todos los pueblos. La observamos sin ninguna duda en la India, tanto en el Brahmanismo cuanto en el Budismo, y la idea de la transmigración de las almas es una secuela de aquella creencia. La encontramos asimismo en Persia y en Egipto. Con respecto a las religiones americanas, los principales exponentes son los pueblos Incas y Aztecas, cuyas ideas parecen reminiscencias de inmigrantes del norte o de los pueblos de Asia. Véase sobre los incas y aztecas Wultke, I, págs. 344 y sigs.

Entre los pueblos de Occidente, el primero que habla de dualidad en el hombre, de pasiones y de premios o castigos, es Orfeo, fundador del Orfismo. Las almas contagiadas irán a sufrir en el Hades, en las acusas llanuras de Cocito y en el helado Tártaro. ¿Para qué hablar de Empédocles y de Pitágoras, cuyas ideas son sobradamente conocidas?: De los filósofos posteriores ya nos habla San Gregorio.

18. Los hechos principales del conductor del pueblo hebreo pueden verse en el *Exodo*. San Gregorio fue un entusiasta de Moisés y le dedicó una obra titulada *De Vita Moysis*. Lo considera como modelo de vida cristiana y de la elevación del alma a Dios. Véase Migne, *Pat. Griega*, vol. XLIV, cols. 297-430. La versión latina es de Trapezunti aumentada y corregida por Frontón Duceo, S. J.

19. Sólo en Dios, acto purísimo, se identifican el poder y la esencia. Véase *Summa Theologica*, 1.^a, toda la q. LXXVII.

20. Antiguo escolio al margen de las ediciones de Morei y Migne: “Hay un vicio en nuestra piel que se llama verruga. Pues existe un pequeño tubérculo en la piel que parece ser parte de ésta, pero en realidad no es así. Por lo cual, si alguien quiere curar, es preciso sacárselo. De esta imagen, acomodada al asunto propuesto, usó (el autor)”.

21. “Pero levantóse Finéas, y le aplacó, y cesó la mortandad” (*Ps.* CV, 30).

22. “Initium sapientiae timor Domini” (*Ps.* CX, 10).

23. “Sea nuestra fortaleza la (única) de la justicia; pues lo flaco de nada sirve” (*Ps.* II, 11).

24. “Y por fin dijo: “Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra: y domine a los peces del mar, y a las aves del cielo, y a las bestias, y a toda la tierra, y a todo reptil que se mueva sobre la tierra” (*Gen.*, I, 26).

25. Véase *Summa Theologica*, 1a., IIae., q. 24, art. 4.º; Agustín, *De civitate Dei*, X, 5; Aristóteles, *Ethicorum*, lib. II, cap. 10.

26. Mat., XIII, 24-30.
27. Véase acerca de esto lo que hemos dicho en la nota 12 de esa parte.
28. Alusión al geocentrismo tan en boga desde los tiempos de Aristóteles y Ptolomeo, a pesar de la opinión contraria de Pitágoras. Ese sistema se derrumbó con estrépito en 1543 gracias a Copérnico con su *De Revolutinibus Orbium Coelestium*.
29. “A fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los seres celestiales, de los terrenos y de los subterráneos” (Filp. 2, 10). Hemos traducido literalmente el texto de San Gregorio, que no discrepa substancialmente de la versión de Torres Amat.
30. Según la doctrina católica, los demonios pueden causarnos daño moral y físico. Acerca de las tentaciones, véanse: 1 Pet., V. 8, y la Eph. VI, 11. Causan daño en el cuerpo por medio de la obsesión, posesión y superstición o magia.
31. Aquí anticipa San Gregorio sus ideas acerca de la *apocatástasis*, de la cual tratará extensamente más adelante.
32. Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia. Este atributo divino de la omnipotencia es consecuencia de su inmensidad. Además, Dios se halla presente de manera especial en algunos seres, cuando en ellos muestra especialmente su presencia y su poder. De este modo especial gobierna a algunos hombres con su providencia, se manifiesta a otros, gobierna y asiste a la Iglesia, etc. Pero téngase en cuenta que estar Dios en las cosas no significa ser una cosa idéntica a ellas, pues Dios tiene una esencia infinitamente distinta de las esencias creadas. Lo contrario sería panteísta.
33. *Lc.*, XVI, 19-31.
34. La interpretación puramente simbólica de este pasaje de San Lucas obedece a la tendencia general de San Gregorio en servirse de la alegoría. Totalmente discrepa de la generalidad de los exégetas y en este caso no puede servir de prueba para demostrar la eternidad de las penas del infierno. Los teólogos, en cambio, la utilizan como prueba definitiva. Basta hojear cualquier manual de teología (tratado *de novisimis*) para convencerse. No por eso quedaría sin demostración adecuada el dogma de la eternidad de las penas infernales, pues sobran los testimonios.
35. *Lc.*, *ut supra*, v. 25.
36. Escolio de los amanuenses al margen de las ediciones de Morelli y Migne: “No creas que esto lo ha dicho él refiriéndose a todos, sino únicamente a aquellos en los cuales hubiere algunas pequeñas reliquias de la vida viciosa, reliquias dignas de perdón a causa de la fragilidad de la carne, de las cuales dice ser preciso que el alma se purifique, como estiman asimismo algunos otros Padres, entre ellos Dionisio Areopagita y Diodoro, obispo de Fotica. Porque, si no lo entendiéramos así, presentaríamos a Gregorio como contrario a sí mismo y a todos los otros doctores. Pues él decía que, antes de esas cosas (de la purificación), es inaccesible e inalcanzable para los pecadores el usufructo de los bienes y se demostrará que están en contradicción con las palabras de la Sagrada Escritura, la cual afirma ser sin fin las penas de aquéllos. Tendrán, pues, los pecadores el usufructo de los bienes reservados a los justos, los cuales carecen del deseo del bien una vez extinguido el vicio”.
37. Escolio de los amanuenses al margen de las ediciones de Morelli y Migne: “Reprende y acusa la memoria a la esperanza por la (falsa) reputación y estimación de los hechos. La esperanza echa mano del fraude para defenderse diciendo que había sido engañada por las apariencias de lo bueno y de lo honesto y que eligió esto en lugar de lo verdaderamente bueno”.
38. Dios es el bien sumo y el único ser bueno por esencia. Todas las cosas, que no son Dios, en tanto son y se dicen buenas participan de la bondad divina, primer principio ejemplar, efectivo y final de toda bondad. Véase Billot, *De Deo Uno*, thesis VII.

39. Spes, autem, quae videtur, non est spes nam quod videt quis, quid sperat? (*Rom.*, VIII, 24):

40. Escolio de los amanuenses al margen de las ediciones de Morelli y Migne: “Hay algunas cosas que se dice a juzgar por lo exterior que tienen su esencia en lo que aparentan ser, no en lo que substancialmente son, como la sombra de los cuerpos. Pues ésta se desvanece al desaparecer la causa eficiente, contrariamente a las substancias que permanecen una vez removidas las causas eficientes. De la misma manera, el vicio tiene ciertamente su esencia en lo que se hace y ejecuta, lo cual es lo mismo que nada”.

41. Plotino define el bien como: “Participación del primer bien, que por sí es bueno” (*Aenead*, 6, lib. 7, cap. 19). Como se ve, la definición sólo se refiere al bien creado. Platón, en cambio, sólo expresa el bien increado: “el bien es lo que por sí es suficiente” (*In Lyside*). Aristóteles dice que el bien es “lo que es apetecible o lo que todas las cosas apetecen” (*Ethi-cor*. Lib. I, cap. 1). Este parecer es también el de la generalidad de los escolásticos y de algunos Santos Padres, entre ellos de nuestro San Gregorio Niseno (*De Beatitudine*).

Por lo que hace al mal, éste consiste en la “privación de una perfección o carencia de la perfección debida” (Urraburu, *Ontología*, pág. 138, Madrid, 1902). La generalidad de los escritores lo definen con San Juan Damasceno: “el mal no es otra cosa que la privación del bien, como las tinieblas de la luz” (*De ide orthodoxa*, lib. IV, cap. 2). Como se ve, coincide con la que en este lugar da el Niseno.

42. 1 Cor., XIII, 8.

43. “Ahora permanecen estas tres: la fe, la esperanza y la caridad pero de las tres, la caridad es la más excelente de todas” (Ibíd., v. 13).

44. Hebr., XI, 1.

45. “Quien no tiene amor, no conoce a Dios, puesto que Dios es caridad” (1 Jn., IV, 8).

46. De ahí la famosa frase de San Agustín: “Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti” (*Confesiones*, lib I, cap. I).

47. Esta afirmación puede comprobarse en las Sagradas Escrituras. Véase: 2 Cor., V, 10 *Eclo.*, XI, 18 *Apoc.*, XVIII, 7.

48. “Le fue presentado uno que debía 10.000 talentos. Y como no tuviere con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él, su mujer y sus hijos”... (*Mt.*, XVIII, 24-25). “Certo acreedor tenía dos deudores: uno le debía 500 denarios, y el otro 50”... (*Luc.*, VII, 41). “Te aseguro de cierto que de allí no saldrás hasta que pagues el último centavo” (*Mt.*, V. 26).

49. 1 Cor. XV, 28.

50. Escolio al margen de las ediciones de Morelli y Migne: “Luego también estará en los demonios y en los hombres pecadores. ¿Y dónde estará la justicia, si aquéllos lo mismo que los justos alcanzarán el bien? Pero dirá alguno que no igualmente, sino de manera muy distinta. ¿Dónde colcaremos, pues, las penas del suplicio, el fuego que no se apaga, el gusano que no muere y otros semejantes y hasta la siega en dos partes iguales, lo cual en mi opinión no es otra cosa que ser separado y alejado de Dios? Luego en todos será Dios glorificado y adorado, pero gozando los (justos) del reino y los otros padeciendo suplicio. Porque, si esto no decimos, mostraremos al doctor en pugna con la divina Escritura, con los otros Padres y consigo mismo. Pues puede demostrarse que en otros lugares enseñó el suplicio eterno y que los pecadores no tendrán acceso a los bienes de los justos”.

II RESURRECCION DE LOS CUERPOS

1. *Transmigración o metempsícosis. Coincidencias y discrepancias con respecto a la doctrina católica. La filosofía pagana no considera inverosímil la doctrina de la resurrección de los cuerpos.*

MACRINIA. — Y la maestra dijo: Los que son ajenos a nuestra filosofía, de diversas maneras y con diferentes opiniones tocaron la doctrina de la resurrección, pues ni pensaron totalmente como nosotros, ni se apartaron absolutamente de la esperanza en la resurrección. Pues unos, confundiendo el asunto, llenan de afrenta y deshonran al género humano, al estimar que la misma alma se hace formar parte ya del hombre, ya del ser desprovisto de razón, ya del bruto animal, tomando unos tras otros los distintos cuerpos, y, pasando a placer de uno en otro, se hace, después de haber sido hombre, animal volátil, acuático, terrestre, para volver nuevamente a la naturaleza humana. Otros extienden semejante delirio a las plantas, de modo que consideren conveniente y acomodado a ella (al alma humana) la vida de los árboles y de los leños. Pero otros estiman solamente que el alma tome un hombre después de otro hombre y que la vida humana es en todo tiempo exigida y regida por las mismas almas, de modo que las mismas almas estén perpetuamente ya en unos, ya en otros (1). Nosotros consideramos más adecuado, partiendo de las sentencias y decisiones eclesiásticas y apoyándonos en ellas como en fundamentos, tomar de las opiniones de los que trataron el asunto filosóficamente tanto cuanto fuere suficiente para demostrar que los tales convienen de alguna manera en la doctrina de la resurrección.

Los que defienden que nuestra alma, después de haberse separado del cuerpo, nuevamente penetra y se insinúa en algunos cuerpos, no discrepan ciertamente de la resurrección que esperamos; pues dice nuestra (sagrada) escritura que nuestro cuerpo consta ahora de los elementos del mundo (2) y que de los mismos elementos ha de constar y constituirse posteriormente. Es el mismo parecer de los filósofos ajenos a nosotros. No pueden en efecto pensar que los cuerpos estén constituidos por otra cosa que por el concurso de los elementos. La diferencia y controversia consiste en que nosotros decimos que el mismo cuerpo tome consistencia alrededor de la misma alma; y que aquél estará constituido por los mismos elementos. Los otros, en cambio, sostienen que el alma se vuelve y pasa a algunos otros cuerpos, ya dotados

de razón, ya desprovistos de razón y de sentido. Que los cuerpos consten de los mismos elementos que el mundo, es cosa fuera de duda y acerca de este punto no hay discrepancia. La única diferencia existente entre ellos y nosotros es que, según ellos, los cuerpos no constarán de las mismas partes de que constaron cuando las almas estaban unidas a ellos en la vida mortal. Luego demos por comprobado por el testimonio de la filosofía extranjera no ser inverosímil que el alma exista nuevamente en el cuerpo.

2. *Refutación de las metempsícosis. Los transmigracionistas confunden las naturalezas, a pesar de las diversidades de éstas. Consecuencias absurdas.*

Sería oportuno descubrir que la doctrina de ellos no puede consistir y, por la lógica consecuencia que para nosotros existe derivada de la recta razón, mostrar y declarar la verdad en cuanto sea posible. ¿Qué diremos acerca de esas cosas? Me parece que confunden las propiedades de la naturaleza aquellos a quienes place asegurar que el alma pasa y emigra a diversas naturalezas; y que los tales todo lo confunden y mezclan entre sí: lo que carece de razón y lo que está dotado de ella, lo que carece de sentidos y lo que está provisto de ellos, pues que las unas cosas están en las otras sin haberse separado entre sí inmutablemente en alguna cárcel o claustro de la naturaleza.

Porque decir que una misma alma, ahora dotada de razón y de inteligencia y de la facultad de pensar y cubierta por el ropaje del cuerpo, luego habite con los reptiles en las cavernas, o se congrege con los pajarillos, o lleve cargas, o coma carnes crudas, o esté sumergida, o degenera en una naturaleza carente de sentido, o eche raíces, o llegue a ser árbol y produzca ramas y se convierta en flor o en espina, o en algo dotado de facultad nutritiva, o se haga y llegue a ser perjudicial; no es otra cosa sino estimar que todas las cosas sean una misma y que sea una misma la naturaleza de todas las cosas, mezclada en una comunión inconfusa, indistinta e indivisa, sin que lo uno se distinga de lo otro por alguna propiedad.

Pues quien dijere que todo se hace idéntico en las cosas naturales, no pretende otra cosa sino que todas las cosas sean una sola, sin que impida la mezcla aquella diferencia que se observa